

CANTAR DE LOS CANTARES, 4:2

Bajaban en ondulación, igual que el pelo suelto de una concubina, daban saltos casi imperceptibles que de lejos parecían bucles en la liberada cabellera de una reina antes de ser decapitada. Musicales, como cae un rizo sobre un pómulo, bajaban ellas temblorosas entre verdes matorrales y ciclópeas piedras, y así doblaban en la mente la escalada propensión de su descenso. Nadie les silbaba el ritmo al que tenían que bajar, ningún cabrero orquestaba aquel deshielo gradual de lo más negro; solo la obstinación de las cigarras, la tarde y su declinación de imágenes, las trochas que formaban en la cordillera un laberinto. Bajaban, recubrían con su manto la extensión piramidal de la ladera, por el nubio zigurat de los matojos hasta el cielo inscrito de los nombres. Bajaban en racimos bien colmados de uvas negras, derramaban el almizcle y las metáforas, retenían con las patas delanteras el precipitado peso de los montes, y el cielo inverso y vertical se alzaba ya debajo de sus barbas. Bajaban en zigzag, se hacía trizas el aroma del tomillo, el zumbido polifónico de las abejas, y ellas renunciaban a la jerarquía de los sentidos, a la continencia del redil o la diadema. Bajaban como indios con pelliza y pelo suelto, y no empuñaban otro rifle que su sed, ni más armas afiladas que sus cuernos. Buscaban la hondonada del cañón, y las guiaba allí el pendón de polvo seco que dejaba atrás la caravana. Bajaban sin principio ni final, como una imagen corporal de que bajaban. Solo la mirada del poeta percibía en el perfil de la montaña la cadencia de animal con que vibraba el lomo de las plantas. Luego pensaba en el cabello de su amada y se lo imaginaba exactamente así: como esas cabras que bajaban ondulantes por los montes de Galaad.

## VERSIÓN DE MALTHUS

Saltaban sin paracaídas sobre un mar que se encrespaba con el simple acopio de sus cuerpos, y su salto era esgrimido por los economistas como modelo de comportamiento. Los que llegaban antes al borde del precipicio saltaban sin mirar atrás, no calculaban el incremento en la marea que su masa corporal provocaría en el agua. Los que empezaban a empujar siguiendo sus instintos de expansión no imaginaban que caerían a un mar picado a fuerza de naufragios. Sus desplazamientos eran casi imperceptibles, como una mancha de petróleo que rebosa los acantilados, un río de roedores que inunda el roquedal con un rumor de agua. Saltaban sin un aparente apego por la vida, aunque examinados de cerca, los rostros revelaban el horror a lo vacío bajo las patitas, un vértigo que reflejaba su pavor en témpanos de espuma. Pero ya era tarde para recular, y un nuevo cuerpo ocupaba el límite preciso en el que el gregarismo daba paso a la conciencia. La sal condimentaba el manto con su pátina de bruma, y era un festín para las aves y los cachalotes, más que una forma pudorosa de extinción o éxtasis. Y más que la justicia poética de los neodarwinistas, era la confirmación de la debacle presagiada por los maltusianos. Un vicio por la multiplicación los llevaba a aquella némesis encima de las piedras: ellos saltaban unos sobre otros impulsados por la rija, consumaban una y otra vez su voluntad de permanencia y proliferación con el fornicio, y eran injustamente tachados de suicidas.

## LA PIEL MÁS BLANCA

Teresa de Jesús, 1515-2015

Quedaban una junto a la otra a un lado del camino, inclinadas contra la grava y los abrojos, acumulaban un polvo que ella se sacudiría después con gesto de desprecio. O eso decían las malas lenguas en Castilla, aquella tierra austera y vertical como el callado verbo del Altísimo. Llevaban la buena nueva de la fundación a iglesias y conventos, se extendían por todo el orbe como una alfombra articulada y coriácea, eran el puente que unía lo ideal con lo posible, el paso humilde de los ciegos. La piel más blanca, reblandecida en celdas por la luz de un ventanuco estrecho y sahumada con el vaho dulce del incienso, se curtía entre sus tiras, padecía aquel amor sin desbastar del cuero, encallecía mientras ella atravesaba el páramo cainita de tantas Españas. El rito del lavapiés tenía sentido entonces, cuando en un balde de latón, el ser era purificado, y grandes costras de resecado barro enfangaban la virtud del agua. Su dueña abandonaba luego el mundo y las dejaba allí, junto al camino, como el deshecho de la *troupe* cuando acababa una *road movie*. O como improvisado relicario: un muladar de suelas desgastadas, sayos incendiados, tumefactas vendas olorosas, el detritus que dejan los santos y que la feligresía guarda en el altar. Eran lo que quedó de una mujer que conoció los despoblados de la descreencia. Sobre ellas se elevó, a fuerza de voluntad y besos de cilicio, hasta alcanzar una visión del ídolo de tres cabezas: su verdad enhiesta como roja flor, lo más sagrado de su ofrecimiento, la vena hinchada de su petrificada forma. Sobre ellas se puso de puntillas para ver a Dios y luego las abandonó en la peregrinación hacia lo más lejano de sí misma. Y así quedaban, al borde del camino: una junto a la otra, una más inclinada que la otra, como señalando el mar, la puerta abierta a mil Américas, el portalón cerrado a cal y canto del infierno.